

No debemos omitir el elogio de una excelente abadesa que floreció hacia esta época en la misma ciudad, y que es conocida por una acción que demuestra su celo por la gloria de Jesucristo. Es la venerable Publia, de quién habla Teodoreto en los siguientes términos : « Había en Antioquía, durante la persecución de Juliano el Apóstata, una mujer de grande reputación, llamada Publia, que se hizo muy célebre por sus grandes empresas y por sus eminentes virtudes. Habiendo estado durante muy poco tiempo sujeta al yugo del matrimonio, fué muy dichosa en poder ofrecer á Dios un maravilloso fruto : pues Juán, que durante mucho tiempo ha sido arcipreste de Antioquía, y que muchas veces ha rehusado subir al trono apostólico de esta iglesia, para el que ha sido elegido en más de una ocasión, fué fruto de esta tierra bendita. Esta ilustre señora vivía en unión de muchas vírgenes cristianas, que hacían profesión de perseverar toda su vida en la virginidad, y se ocupaban continuamente en cantar las alabanzas del Señor, á quién adoramos como autor y redentor del universo. »

« Un día en que el emperador Juliano pasaba cerca del lugar en que se ocupaban en tan santo ejercicio, elevaron el tono de voz mucho más de lo acostumbrado, pues creían que debía tratarse con desprecio á esta furia infernal. Para ello escogieron los salmos más adecuados para expresar la impotencia de los ídolos, y cantaban con David : *Los simulacros de las naciones sos plata y oro, obras de las manos de los hombres.... Sean semejantes á ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos* ¹.

No podía oír Juliano este cántico divino sin llenarse de cólera : así es que otro día que pasaba por el mismo sitio, les mandó que callasen. Pero mujer generosa á quién no intimidaban las iras del tirano, inspiró nuevo vigor al

¹ Ps. CXIII.

canto, é hizo que entonasen estas palabras del mismo Profeta : *Levántese Dios, y sean disipados sus enemigos*. No pudo soportar el tirano tan palmaria condenación de sus necios errores, y así es que hizo comparecer á su presencia á la superiora de este coro de vírgenes, y sin respeto á su edad, ni consideración á sus blancos cabellos, ni veneración á sus virtudes, mandó á sus guardias que la abofeteasen con tanta crueldad, que sus manos quedaron ensangrentadas.

Pero esta virtuosa mujer recibió esta afrenta como el mayor de los honores, volvió á su casa, y no dejó de hacer guerra con sus cánticos espirituales á este emperador impío, de la misma manera que David se servía de ellos para apacignar al maligno espíritu que atormentaba á Saul.

SAN JUAN CRISOSTOMO EN EL DESIERTO ¹.

Hariamos una injusticia al estado monástico, si no hiciésemos mención de san Juán Crisóstomo, que le dió tanto esplendor ; pero como despues de haberlo profesado durante algunos años, le colocó Dios en las alturas del episcopado, para que, cual brillante candelabro, brillase en su Iglesia, hablaremos sólamente aquí, para ceñirnos á nuestro designio, de su renuncia del siglo, de sus escritos relativos á la vida monástica, y de la disciplina de los solitarios de Siria, de que hizo tan grandes elogios.

Este gran doctor de la Iglesia griega, llamado Crisóstomo á causa de su elocuencia, y no ménos célebre por las

¹ Baronio y Pacundo.

persecuciones que sufrió que por sus escritos, nació en Antioquía, hacia el año 347, de padres nobles y cristianos. Tuvo, una hermana mayor, cuyo nombre se ignora; pero sabemos que su padre se llamaba Segundo, y su madre Antusa. Creen algunos que ésta se llamaba Publia, confundiendo con la virtuosa mujer, de que hemos hablado en el capítulo precedente. Pero esta opinión, fundada únicamente en que tuvo un hijo llamado Juan, que fué elevado al sacerdocio, y que por sus méritos se distinguió en el clero de Antioquía, esta opinión, repito, no es seguida por ningún autor crítico, sino sólomente por los griegos modernos, amantes de las fábulas. Antusa quedó viuda á la edad de veinte años, y cuando, por consiguiente, se hallaba Juan en la más tierna infancia. El amor que profesaba á este hijo, á quien educó con todo el esmero posible, le hizo renunciar á segundas nupcias.

A la edad de dieciocho años empezó á aplicarse á la retórica y á la filosofía, estudiando la primera bajo la dirección del célebre Libanio, y la segunda bajo la de Adragancio. No tardó en consagrarse al foro, en donde pronunció muchos discursos que le valieron merecida reputación. Pero apenas llegado á los veinte años, conoció la vanidad de los retóricos, y se aplicó al estudio de las santas Escrituras. Reformó al mismo tiempo su exterior, asistiendo frecuentemente á la iglesia, y san Melecio, obispo á la razón de Antioquía, le atrajo á su lado, despues de conferirle el bautismo, pues aún era catecúmeno, y le hizo lector.

Durante el curso de sus estudios contrajo relaciones con algunos amigos, entre otros con Basilio, diferente del gran Basilio, obispo de Cesarea, y proyectaron abrazar la vida solitaria. Apenas supo su madre Antusa esta resolución, empezó á alarmarse, y llamándole á su aposento, le dijo estas palabras, que el Santo ha conservado en sus escritos.

« Hijo mio, Dios no ha querido que yo gozase mucho tiempo de la virtud de tu padre : la muerte me lo arrebató cuando aún me hallaba oprimida por los dolores de tu parto. He sufrido todas las penas é incomodidades de la viudez, que no pueden ser comprendidas sino por las que las han experimentado. No es posible explicar el estado de aflixión y amargura en que se encuentra una jóven, que, apenas salida de la casa de su padre y sin experiencia de los negocios, se vé cargada de cuidados, de que le hacen incapaz la debilidad de su edad juntamente con la de su sexo. Estos trabajos no me han movido, sin embargo, á contraer nuevas nupcias, como hubiera podido hacerlo. Por el contrario, he soportado todas estas contrariedades confiada en la gracia del Señor ».

« El único consuelo que he tenido en mi viudedad ha sido ha sido ver y contemplar en tí las huellas de tu padre. No puedes reprocharme haber disminuido los bienes de éste ; sino que los he conservado integros, sin haber, no obstante, economizado cosa alguna para darte una buena educación : pues todos lo gastos que ésta ha ocasionado los he suplido de mi dote. No digo esto, para echarte en cara las obligaciones que tienes para conmigo ; pero á lo ménos te pido una gracia que no podrás rehusarme sin ingratitud. No me dejes viuda por segunda vez : espera á que nos separe la muerte, que tal vez no tardará mucho. En la juventud se puede esperar la vejez ; pero en la vejez no se puede esperar más que la muerte. Cuando, pues, mis huesos se hallen unidos á los de tu padre, quedarás libre para ir á donde te plazca ; pero no me des el pesar de separarte de mí, mientras que yo respire. No es mi intención que te dediques á los negocios : yo los tomaré á mi cuidado, para que tú goces de la tranquilidad que deseas. Esta sola consideración debe movente á no separarte de mi lado . Por muchos amigos que tengas, ninguno te dejará vivir

con tanta libertad como yo, pues ninguno puede interesarse tanto por tu bién. »

Crisóstomo creyó que debía ceder por algún tiempo á las instancias y á las lágrimas de su madre, por muy grande que fuese su deseo de retirarse al desierto : pero en medio del bullicio de la ciudad vivió cual si hubiese estado en la soledad, llevando la vida del asceta. Ayunaba, oraba, se acostaba sobre la desnuda tierra, domaba su cuerpo con todo género de austeridades, combatía sus pasiones para someterlas á las leyes de la gracia, y si caía en alguna falta, al punto la castigaba con la mayor severidad.

Como no hacía visitas, sino permanecía siempre en su casa ocupado en los ejercicios de la vida ascética, se le acusaba de insociable y de rarezas, que hubieran ofendido su amor propio, si su piedad no le hubiese ayudado á sufrir con paciencia estas injurias. Así es que permaneció constantemente en su retiro, prefiriendo ser censurado por el mundo, ántes que exponerse á sus seducciones. De esta manera vivió como verdadero solitario en la casa de su madre, hasta que se le presentó una ocasión favorable para dejarla.

Reunidos los Prelados en Antioquía para proveer algunas sedes vacantes, pusieron los ojos en él y en su amigo Basilio. Este fué nombrado efectivamente obispo de Rafalea, en Siria ; pero Crisóstomo se ocultó en una montaña vecina. Hacia mucho tiempo que venia pensando en este absoluto retiro, como ya hemos hecho notar ; pero él mismo confiesa con humildad que se hallaba interiormente combatido por el temor natural de las austeridades del desierto. Muchas de éstas las practicaba en su casa ; pero en su mente formaba dificultades espantosas sobre las de los solitarios. El mismo dice que se inquietaba en pensar como podría pasar sin pan tierno y sin otras comodidades. Temía al propio tiempo caer en manos de un superior que le obli-

gase á alimentarse con el mismo aceite con que se sustentaba la lámpara, á comer guisantes y otras legumbres, ó que le dedicase á trabajos duros, tales como cavar, ó llevar leña y agua. Pero no le detuvieron estas consideraciones, sino que, sobreponiéndose á los gritos de la naturaleza, despreció sus delicadezas y repugnancias, y se puso bajo la dirección de un santo anciano que practicaba grandes austeridades en la montaña. Se sometió á él como discípulo dócil, y se hizo su fiel imitador en combatir todos los placeres de los sentidos.

Entónces aprendió por una feliz experiencia que son injustas las ideas que el mundo se forma acerca de la vida penitente, y Dios hizo la de este Santo tan suave con la unción de su gracia, que, en lugar de sucumbir á las dificultades que temía, las superó con gran facilidad, y hasta con gozo. Despues de haber permanecido cuatro años al lado de este solitario, emprendió un género de vida más rigurosa y más conforme á los deseos que tenia de no ser conocido de los hombres, retirándose á una caverna y dando mayores vuelos á su fervor. Allí pasó dos años casi sin dormir, y esforzándose en aprender á fondo el antiguo y el nuevo Testamento, para llenarse de aquellas luces divinas, que con tanta claridad y fruto habia de difundir desde el puesto elevado que Dios le tenia reservado en su Iglesia. Por último, sus ayunos, sus vigiliias y el frio que experimentaba debilitaron su salud, y le obligaron á volver á Antioquía en busca de su restablecimiento. Pero no debe atribuirse su regreso tanto á sus males corporales, como á las disposiciones de la Providencia, que le habia destinado á curar los males espirituales de las almas.

En efecto, san Melecio, que habia regresado de su destierro despues de la muerte del emperador Valente, le elevó al diaconado, y cinco años más tarde san Flaviano le ordenó sacerdote. Entónces es cuando entró en la vasta

carrera de las funciones eclesiásticas que cumplió con tanta dignidad, y que coronó con su paciencia en las persecuciones que injustamente sufrió, y con el destierro en que murió. Esto no entra en nuestros designios, y podrán verlo nuestros lectores en la *Historia eclesiástica*, la cual nos manifiesta que esta columna de la Iglesia, este esplendor de la verdad, esta trompeta de Jesucristo, este sabio intérprete de los secretos de Dios, y este sol de todo el universo, pues tales son los títulos con que los antiguos le distinguián, habiendo merecido, como dice Facundo, ser amado de todo el mundo, alcanzó nuevos laureles con el odio y las persecuciones de sus enemigos. Así es que con la mayor justicia se dice que su nacimiento fué ilustre, su penitencia ejemplar, su elocuencia victoriosa, su sacerdocio lleno de bendiciones, su episcopado digno de un apóstol, su destierro una verdadera libertad, su muerte un martirio, y su vuelta á Constantinopla un triunfo.

SOLITARIOS PERSEGUIDOS SAN JUAN CRISOSTOMO LOS DEFIENDE

Cuando san Juan Crisóstomo gozaba en su desierto de las dulzuras del recogimiento, fué turbada su paz con la alarmante noticia de la tempestad que se había levantado en Antioquia contra los santos solitarios. Un religioso, que con él tenía estrecha amistad, vino á verle y á anunciarle que en la ciudad se había formado una conspiración contra el estado monástico: que no sólomente los paganos, sino hasta los mismos cristianos habían concebido contra los que lo profesaban tan grande aversión, que no se

contentaban con manifestarla en sus discursos llenos de calumnias y odio satánico, sino que la extremaban con los más crueles ultrajes: que aumentaba esta excitación, cuando una persona de dignidad se retiraba al desierto: que entónces se desencadenaban con más grande furor diciendo que era el colmo de la locura, que un joven educado con el mayor esmero para ser el consuelo de sus padres y el honor de su familia y de su patria, renunciase á la gloria, á los placeres y á todas las pretensiones del mundo, para sepultar estas bellas cualidades y estos hermosos talentos en un monasterio ó en una gruta, y agotar el espíritu y el vigor del cuerpo bajo la disciplina de algún caprichoso anciano y en la práctica de excesivas austeridades: que, en su consecuencia, empleaban los padres las más terribles amenazas para separar de este estado á sus hijos: que uno de estos malos cristianos había llevado su arrebató hasta decir, que esto solo bastaría para renunciar á su fé y sacrificar al demonio: que la persecución, por último, era tan pública y tan fuerte que no se oía hablar en las plazas públicas y en los lugares en que se reunían los ociosos, de otra cosa que de los insultos que se hacían á los solitarios. Pues uno decía, he descubierto el retiro de tal: otro añadía, he animado á los magistrados y á los jueces contra cual. Otro se jactaba de haber insultado á alguno en un lugar público, de haber llevado á otro á la prisión, ó de haberle hecho sufrir suplicios capaces de darle muerte, y todos estos relatos eran escuchados por los asistentes con carcajadas de risa y celebrados con aplausos. Pero lo más deplorable es que los cristianos que sostenían estas conversaciones y se gloriaban de estos excesos, pretenden haber realizado alguna grande hazaña, y lo hacen en presencia de los paganos, que lo mismo se mofan de ellos que de los monjes, de modo que tan profanada queda la religión como el estado monástico. Por otra parte, la causa de esta